

LA SALA CAPITULAR DEL MONASTERIO DE SIGENA

Con motivo de la visita de «Amics deis Museus de Catalunya» a Sigena

Cumplióse, a fines del pasado mes de mayo, la anunciada visita de los «Amics dels Museus de Catalunya» al monasterio de Sigena, donde puede admirarse el conjunto único de decoración pictórica de su sala capitular. Único, decimos, por tratarse, no de una iglesia, sino de una sala, y único, también, por su estilo singular, mezcla de bizantino y románico, con reflejos árabes y vivacidades de arte gótico, naciente en el momento en que esta obra se producía.

Realmente, la decoración mural de Sigena merece el viaje que la visita supone. Enclavado el monasterio en los llanos de Aragón, entre Lérida y Zaragoza, la mole considerable del cenobio se pierde insignificante, con su exterior aspecto campesino, casi de granja, en el gran espacio de aquellas llanuras áridas, sobre las que el sol de primavera se mostraba ya riguroso el día de la excursión.

El monasterio es de mujeres de la orden jerusalémica de San Juan, y fue fundado por Doña Sandía de Aragón, hija de Alfonso el Emperador y esposa de Alfonso II. En él está enterrado Pedro II de Aragón, el de Muret, y los nobles que con él murieron en la famosa batalla. La obra empezó en 1183, y en 1188 se consagró la iglesia (1). Templo, monasterio, palacio abacial y real, forman un conjunto de edificaciones entre las cuales predomina el templo románico. En las dependencias monásticas y resales, restos de pinturas y bellos artesonados declaran la suntuosidad original de aquel conjunto arquitectónico, hoy lamentablemente decaído y peor restaurado, allí donde se intentó hacer restauraciones.

Asistimos a esa visita después de dieciséis años de haber visitado el monasterio, donde adquirimos en aquel entonces el bello retablo de Serra que se halla en el Museo de Arte de Cataluña, y pudimos comprobar, con dolor, cómo la destrucción de las pinturas murales de su preciosa sala capitular avanza de manera alarmante. Monumento único, como hemos dicho ya, en España y una de las piezas de decoración mural de su época más importantes de Europa, a instancias de los «Amics dels Museus de Catalunya» damos a conocer hoy a los lectores de LA VANGUARDIA esta maravilla, y, a la vez, llamamos la atención de las autoridades artísticas de Aragón y al director general de Bellas Artes de la República, nuestro buen amigo don Ricardo de Orueta, sobre el caso.

No se trata de una obra inédita; autores eminentes se ocuparon de ella, de su arquitectura y de su decoración mural. Escudero y Carda rema, Mariano del Peno. Ricardo del Arco, Lampérez, el reverendo José Gudiol, Post y otros han estudiado con detención el monumento, los unos, y su decoración, los otros. Declarado de interés artístico-histórico, catalogado con todos sus valores en el archivo de la riqueza artística de la República, la obra pictórica, única y culminante, ya perdiéndose envuelta en una aureola de prestigio oficial y de reconocimiento de sus méritos. Nuestro buen amigo al arquitecto y arqueólogo José María Gudiol, que guiaba la excursión, confirmó éstos, con certeras y justas palabras, en la bella conferencia que sobre las pinturas nos dio en la sala capitular, y, no obstante ser ellos tantos y tan crecidos, la obra se pierde y se perderá totalmente, si quien puede y debe no acude a salvarla.

Sirvan estas líneas de voz de alarma, deseando que lleguen donde corresponde, para asegurar este tesoro, que desaparecerá si no se opone a ello radical remedio.

Dos son los conjuntos pictóricos de importancia que restan de lo que fueron un día las espléndidas decoraciones murales de Sigena; el del ábside de su iglesia y el de la sala capitular. Este último, que el profesor Post considera primero en orden cronológico, lo supone Ricardo del Arco hecho durante el priorato de Doña Blanca de Aragón, hija de Jaime II, y, por lo tanto, entre los años

1321-1347, y de él. únicamente, nos proponemos hoy tratar aquí, pues, no obstante la importancia artística de las pinturas absidiales, éstas no constituyen, como en el caso de la sala, un conjunto arquitectónico decorativo de tan singular carácter como aquéllas.

Trátese de un espacio rectangular cubierto por techumbre de madera, de bello trazado árabe, sostenido por arcos apuntados de piedra. Techo dorado y policromado minuciosamente. arcos y muros pintados totalmente, tuvieron en su tiempo el complemento del zócalo de una sillería todo alrededor, también pintada y dorada con abundancia de figuras y blasones. De esta sillería da idea la silla abacial de Sigena, que se conserva en el Museo Diocesano de Lérida y que fue expuesta en el Palacio Nacional de Montjuïc cuando la exposición del 1929.

Esta decoración mural tiene por tema el Antiguo Testamento y la vida de Jesús. En los triángulos de los arcos que sostienen el techo se desarrollan veinte escenas desde la Creación hasta el éxodo de los israelitas de Egipto. El intradós de los arcos está decorado por una teoría de imágenes de los profetas antecesores de José, inscritos dentro de recuadros en figuras de medio cuerpo, cada uno llevando a su hijo y sucesor, que aparece ya hombre en el recuadro siguiente, llevando consigo, también, a su hijo. En los muros, que es la parte peor conservada y sobre la cual las humedades van produciendo sus efectos destructores de manera alarmante, aparecen visibles la escena de la Natividad, la Visitación, la Anunciación y la Anunciación a los pastores. En el otro muro testero aparecen restos de la Crucifixión y la Resurrección. En los laterales se adivinan dos o tres escenas y se distingue aún la de la Purificación.

El estilo de estas pinturas se separa de cuanto tenemos en España de esta época. Aparte la intervención del estilo árabe en los magníficos techos, primorosamente labrados y decorados, la obra presenta a la primera impresión un marcado bizantinismo.

Este bizantinismo es verdad que no lo hallamos en las otras escasas pinturas murales que de esta época tenemos en nuestro país, pero sí que tiene paralelos en la pintura de algunos frontales datables hacia finales del siglo XIII y principios del XIV, de manera que tenemos por bien fundada la idea del profesor Post (2) de que no se trata de un autor extranjero, sino de un maestro de la tierra. En cuanto a los precedentes de este aparente bizantinismo, que Lampérez atribuyó al arte siciliano y el profesor Post al arte románico de los antecesores de Cavallini, no podríamos precisar.

Apariencia siciliana puede tenerla por la coincidencia del trabajo moruno de los techos y el ascendente oriental de las pinturas; pero, en todo caso, no podríamos dejar este comentario sobre el estilo de las pinturas murales de Sigena sin indicar que ellas forman un grupo con frontales catalanes de madera bien conocidos, y que, en todo caso, la corriente artística que inspiró las unas puede ser la que inspiró los otros. Como en los muros de Sigena, en los frontales indicados, la tradición románica subsiste, y en los elementos decorativos u ornamentales de la sala capitular, ese románico de origen otónida que campea en las orlas y extremos de las escenas de los arcos, tiene, como en algunos frontales también, sus precedentes en la ornamentación miniaturista de algunos bien conocidos libros catalanes de finales del siglo XII y del XIII. Por lo tanto, si no podemos afirmar la catalanidad del artista, podemos indicar que la obra se agrupa a otras catalanas.

Conjunto singular, lo es el estilo, acaso menos de lo que en conjunto aparece. Movimiento y desembarazo en su expresión, tiene el artista, y éste no falta tampoco en algunos de los frontales que indicarnos. Pero, sea como sea, obra de una magnificencia única y de una complejidad desconocida en nuestros conjuntos decorativos murales, la sala capitular de Sigena es una obra capital de nuestro arte, en el momento de su evolución del estilo románico al gótico.

Por ello, la visita organizada por «Amics dels Museus de Catalunya» merece nuestra más sincera felicitación. Objetivo digno de todos cuantos se interesan por las obras artísticas culminantes de

nuestro pasado, los miembros de la entidad fueron bien dirigidos en este caso, como en otros, mayormente llevando, además, con ellos a su consocio el señor Gudiol, que amablemente se prestó a ser el guía de esta gentil caravana que, al pasar por Lérida (donde casualmente nos hallábamos), tuvo la amabilidad de invitarnos, a mí y al presidente y algunos socios de los «Amics dels Museus» de aquella ciudad, que se sumaron a la excursión. Sin duda, ésta ha de ser memorable en los anales de la entidad que nuestro buen amigo don Pedro Casas Abarca tan merecidamente preside.

JOAQUIN FOLCH Y TORRES

- (1) Lampérez y Romea. - Historia de la Arquitectura cristiana española en la Edad Media. - Madrid. 1908.
Mariano del Peno. - El Real Monasterio de Sigena. - Lérida, 1883.
- (2) Post. - «A History of Spanish Painting», Vol. II.
J. Gudiol y Cunill. - «Els primitius». Vol, 1.